

PRÓLOGO

Al principio, no había nada. Sin saberse todavía cómo, de esa nada surgió algo... Ese algo era Dios. ¿Quién soy yo?, pues nadie en comparación con Él, sólo uno de sus muchos ángeles, uno muy especial que jugaría un papel decisivo en el futuro. Pero habrá tiempo de hablar de mí en adelante. Como iba diciendo, de la nada apareció Dios.

La soledad ha sido siempre un sentimiento que todo ser ha odiado, por mucho que trate de demostrar lo contrario, incluso Él. Por eso, decidió crear todo lo que existe ahora. Primero creó a treinta y seis ángeles que le harían compañía en el Cielo. Yo no era uno de éstos, no; yo nací mucho más tarde. Pero alguien que sí era uno de ellos era Lucifer, conocido actualmente como Satanás. Era el mejor de todos ellos. Conocía técnicas de lucha inigualables y poseía una gran sabiduría. Era buenísimo en todo lo que se proponía. Hasta que un día, el reto que se le pasó por la mente fue el de ser más poderoso que Dios, y así fue como decidió tomar el mando de todos los ángeles. Estalló una guerra equilibrada entre ambos bandos, diecisiete ángeles a favor de Lucifer y otros dieciocho a favor del Señor. Éste, no se sabe aún el motivo, se abstuvo de luchar, pudiendo haber acabado con todo este alboroto en un momento. Al final, a pesar de que Lucifer era uno de los mejores guerreros, la fortuna sonrió al bando de los sirvientes del Señor y éstos vencieron. Dios, como castigo por la afrenta, condenó a Satanás y a los otros ángeles a un lugar nuevo para ellos y lo opuesto al Cielo. Un lugar de miseria, de sufrimiento y de dolor por toda la eternidad, el Infierno.

Después de esto, las ganas de Dios por seguir creando seres menguó considerablemente. Tanto, que después de crear a los treinta y seis primeros ángeles, la mitad de ellos seres despreciables, creó algo todavía más horrible..., al Hombre. Tras crear el espacio, las estrellas, los planetas y demás cuerpos celestes, decidió concentrar sus esfuerzos en dar vida a un planeta muy peculiar que fue el que más trabajo le costó crear de todos los demás. Lo relatado en el Génesis, sobre la creación de Adán y Eva, es erróneo. Dios decidió crear una célula y dejar al tiempo que diera sus frutos. En verdad, Dios no se propuso crear a los humanos; digamos que ellos se crearon solos. A partir de esa célula se formaron multitud de seres vivos. Algunos no morían dado que la información de su ADN permanecía intacta a medida que se duplicaban, pero otros sí. Estos, cuando sus células se multiplicaban, parte de su información genética no se llegaba a copiar y se cortaba, produciéndose un envejecimiento del individuo y más tarde su muerte. A partir de aquí le vino al Señor la duda de qué hacer con los seres vivos que morían: ¿a donde irían tras su muerte? Primero se le pasó por la cabeza el mantener la energía vital de los seres fallecidos en el Cielo, junto a nosotros, pero claro, había un grave problema de espacio. Entonces lo que hizo fue simplemente retornar dicha energía vital del ser en cuestión a un cuerpo de un individuo de su misma especie. Incluso la energía vital de los seres vivos que no podían morir de viejos, era retornada en caso de que la muerte no fuera natural. La única manera de que la energía vital de estos seres se mantuviera en el Cielo, era en caso de que la especie se extinguiera y no hubiera más individuos de la misma especie en los que introducirla.

Sin embargo, Dios no contaba con la aparición de seres inteligentes, seres que buscasen más allá de lo que el Señor simplemente quería que vieran, seres capaces de crear cosas magníficas, seres capaces de adaptarse al medio perfectamente para sobrevivir... Pero lo que más impactó a Dios fue que estos seres inteligentes no sólo se adaptaban al medio y lo cambiaban, sino que eran capaces de destruirlo. Para, en cierto modo, evitar que estos seres vivos acabasen por matarse unos a otros y que terminaran con el planeta Tierra, una de las mejores obras del Señor, Dios decidió asignarle a cada ser humano un ángel que les

protegiera y que también controlara, de forma indirecta, sus actos; la llamada conciencia por algunos o ángeles guardianes por los más creyentes. Pero nosotros somos, en verdad, mucho más que un simple pensamiento, somos una forma de vida que se reencarna con el espíritu del humano en cuestión, en un nuevo cuerpo, cuando muere.

Los humanos, cuando mueren y se reencarnan, olvidan todo lo que les ha sucedido en vidas anteriores, su memoria se borra, pero el alma prevalece. Dicho de otra forma, las personas no mueren, sólo cambian de cuerpo y empiezan una nueva vida en él. Se considera que han comenzado una nueva vida cuando son separados de su madre, que es cuando la "nueva" alma entra en el cuerpo. Antes ya estaría el ángel guardián, pero ambos cuerpos compartían el alma de la madre. Lo bueno de que la memoria se les borre, es que la persona en sí también olvida lo que fue en otras vidas, así se evita, por ejemplo, que alguien que hubiese sido un asesino en una vida anterior adopte dicha conducta por toda la eternidad. La pega es que si la persona fue buena y realizó obras bonitas, esto también se pierde. Si el número de nacimientos es superior al de almas que están disponibles para reencarnarse, se ha de crear una nueva y para ella un ángel correspondiente.

Aquí comienza mi historia. Hace ya veinte años, día más, día menos, hubo un incremento de la población considerable; tanto, que Dios tuvo que crear numerosas almas nuevas y ángeles para éstas también. Yo fui uno de ellos. Mi humano se llama Frank. Es buena persona y no se suele meter en muchos problemas por lo que me da poco trabajo. Tiene diecinueve años, es relativamente alto, es flaco y se mantiene constantemente en forma haciendo deporte, ¡vamos!, que es un ejemplo a seguir. Todo marchaba tan bien...

Debo contarles una cosa. Yo comparto el cuerpo de Frank, pero desde un plano distinto. Me explico: mi hogar es el Cielo, pero desde allí puedo aconsejar a mi humano e incluso, a veces, controlar sus actos si la situación lo requiere. Como ángel poseo grandes poderes, pero claro está, sólo puedo usarlos en caso de necesidad contra otros ángeles, no puedo pasarle mis poderes a mi protegido ni nada parecido, esto podría producir un gran caos. ¡Pero ocurrió! Fue sin querer...

Satanás quiso, ¿cómo no?, iniciar otra batalla contra el Cielo con muchos más demonios que las últimas veces, ya que, continuamente, ángeles malos habían estado apareciendo en el Cielo y habían sido mandados al Infierno. Esta vez cambió su táctica, prefirió no ir a atacar directamente a Dios, sino que se propuso acabar con la Tierra a través de los humanos. Para esto varió el método que había seguido anteriormente de tentarlos y demás, en esta ocasión lo que planeó fue que nuestros poderes pasaran a nuestros humanos y que ellos, al verse con semejantes habilidades, acabaran por matarse unos a otros. Para hacer esto quiso valerse de un hechizo de su propia creación mediante el cual nosotros, los ángeles guardianes, perderíamos nuestros poderes y nos quedaríamos indefensos, mientras que nuestros protegidos pasarían a tenerlos. Por suerte no le salió todo como había dispuesto. Logramos detener a Satanás antes de que pudiera hacer nada y eliminamos a muchos de sus aliados. Agotado tras la larga batalla, Lucifer estaba demasiado débil como para que el hechizo funcionara a gran escala, pero le quedaron las fuerzas necesarias para hacerlo con un ángel en concreto..., yo. De sus manos salieron unas ráfagas de rayos a gran velocidad que yo intenté evitar protegiéndome tras un escudo de energía angelical, pero estos rayos atravesaron mi escudo y me alcanzaron. Al momento, sentí una sensación muy extraña, me parece que era como morir para los humanos, algo que nunca había experimentado y que no esperaba hacerlo. Me volví... ¿frágil?, ¿débil?, o algo así. Y esta sensación fue en aumento. Cuando terminó el ataque no era más que un destello de luz en el Cielo, algo sin valor, sin vida. Decidí echar un vistazo para ver la evolución de mi humano..., seguía igual que siempre, nada había cambiado en él, era sólo cuestión de tiempo...

Se me había olvidado comentar un detalle irónico: a pesar de que Dios no fue quien creó a los seres humanos de manera directa sino que dejó que evolucionaran a partir de una

primera célula, estos acabaron adoptando la misma forma que nosotros los ángeles. Salvo por pequeñas diferencias como el tener alas, aureolas y otras cosas por el estilo, los ángeles y los humanos son idénticos.

A raíz de lo ocurrido con mis poderes vigilé más que de costumbre a mi protegido para ver si lograba hacer cosas que antes no hacía. Intenté que Dios me devolviera mis poderes invirtiendo el hechizo de Satanás, pero como de costumbre, no quiso intervenir y me propuso que fuese yo el que los recuperara por mí mismo. Y eso fue lo hice, sin achicarme por las consecuencias que sabía que esta acción traería consigo...